

un análisis exhaustivo de las conmemoraciones de la Batalla de Carabobo, sino que también plantea preguntas cruciales sobre la relación entre memoria, historia y poder.

Hancer González Sierralta, historiador y profesor de la Escuela de Historia de la Universidad de los Andes, fue coordinador y editor de la revista *Presente y Pasado. Revista de Historia* y es autor de libros como: *El Ayuntamiento en los orígenes y consolidación de la sociedad colonial merideña (1558-1622)* (2010) y *José Antonio Anzoátegui. Accionar y forja de un héroe binacional* (2021).

Ángel Rafael Almarza Villalobos  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo  
Morelia, México  
<https://orcid.org/0000-0003-2870-087X>

VERÓNICA RAMÍREZ, ELISA SEVILLA, AGUSTÍ NIETO-GALAN, EDITORES.  
*ASTRONOMÍA, LITERATURA Y ESPIRITISMO. CAMILLE FLAMMARION  
EN AMÉRICA LATINA*. SANTIAGO: RIL, 2022, 341 pp.

<https://doi.org/10.29078/procesos.n59.2024.4783>

*Astronomía, literatura y espiritismo. Camille Flammarion en América Latina* es un novedoso y sugerente libro colectivo que aborda la influencia que ejerció Flammarion entre la intelectualidad y el público hispanoamericano a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Los autores destacan la manera en que la obra del divulgador científico francés se convirtió, tanto en Europa como en América, en una singular herramienta que ayudó a incrementar la fe en las ciencias y en la modernidad. Gracias a sus dotes de escritor y de divulgador combinó la autoridad del científico con el virtuosismo literario. Estas cualidades lo convirtieron en un popularizador del conocimiento e incluso en un reformador de la educación. Sobre todo *Astronomie populaire* y *La pluralité des mondes habités*, dos auténticos *best sellers* de la época, influyeron en discursos políticos, tertulias, artículos de opinión y hasta en la cultura popular.

Esta colección de artículos en torno a la figura de Flammarion es, sin duda, una contribución al esclarecimiento de la manera en que circularon las ciencias y fueron asimiladas por el mundo académico, por las élites e incluso por los sectores populares. El poder de persuasión de Flammarion lo convirtió en la cabeza visible de la llamada *República de los astros*, un espacio que integró a diversas vertientes de la astronomía popular y se desempeñó como una red de intercambio de objetos y de prácticas. Los autores del libro enfatizan en el papel que, en el entresiglo, cumplió el género divulgativo en el flujo y consolidación de los conocimientos científicos. Flammarion siguió

la pauta que años antes habían vaticinado los sansimonianos y Comte, sus trabajos fueron un singular recurso cultural que contribuyó a que conocimiento científico y la novedad del descubrimiento llegaran a capitalizarse, incluso en espacios íntimos y cotidianos. La figura de Flammarion adquirió relieve en la medida que tendió un puente entre la academia, por un lado, y la esfera de los amateurs, y simples curiosos, por otro. A efectos de acceder a un mayor público, sus libros fueron elaborados con un criterio literario más que estrictamente científico. La obra del francés circuló profusamente en la América hispana y fue leída por miembros de las élites intelectuales como Rubén Darío, Domingo F. Sarmiento, Juan Montalvo, etc. Pero también cautivó y tuvo repercusiones los sectores obreros, anarquistas y otros. Tal fue la fama que llegaron a tener sus obras que incluso se abrieron un espacio en el cancionero de la época.

La difusión de sus ideas ayudó a apuntalar con firmeza conceptos tales como la idea de progreso, desarrollo material, modernidad y, en definitiva, impulsaron la construcción de los modernos Estados nacionales, una tarea en la que estaban inmersas de lleno las naciones americanas. Flammarion desarrolló un tipo de literatura portadora de elementos utópicos en la que el asombro fue utilizado con fines estéticos y la ciencia como anunciadora de una nueva era llena de posibilidades para el intelecto y el bienestar humano. Los artículos destacan cómo la fundación de observatorios astronómicos, de jardines botánicos o de museos formaron parte de una práctica y de una retórica enfocada a fomentar y a legitimar el saber científico entre la población. Tal como muestran los autores, las obras del francés dieron soporte a las campañas educativas que impulsaron los gobiernos modernizantes de la América hispana. Se enfatiza en el valor pedagógico del género divulgativo y en el factor entretenimiento como función relevante entre una población poco familiarizada con textos científicos.

Aparte de eso, si en algo contribuyó la obra de Flammarion fue en expandir la curiosidad y en hacer que la imaginación divagara hasta límites jamás antes vistos. Su obra vino a satisfacer una creciente demanda de nuevos focos de interés. Dicho de otra manera, ayudó a romper las estrecheces y la monotonía que había impuesto el barroco. Gracias al astrónomo fue como se rompieron las ataduras que la religión y otros poderes habían mantenido rígidamente constreñida. No solo dio especial importancia al viaje onírico sino que lo diversificó. Ahí está el atrevimiento que consistió en otorgar inteligencia y voz a seres inanimados y a figura simbólicas. De esta manera, pues, los mundos siderales se abrieron a la opinión de un público muy variopinto. Los trabajos de Flammarion, como la aparición de una red de astrónomos no profesionales, fomentaron una serie de especulaciones inéditas y preguntas, entre las que se incluía la posibilidad de la existencia de vida inteligente en

otros mundos y sus posibles características. A diferencia de los románticos, la imaginación no se fijaba en el pasado sino en el futuro, lo que dio impulso a la formulación de lo utópico. Por último, advirtió la posibilidad de efectuar viajes espaciales, pero no con medios tecnológicos, sino a través de la desmaterialización de los cuerpos.

El poder de excitar la imaginación abrió de par en par las puertas a la ciencia ficción. *La pluralité des mondes habités* fue un libro que facilitó un fructífero y novedoso encuentro entre ciencia y literatura. También un buen ejemplo de ello es el *Viaje a la Luna*, novela de Julio Verne. América hispana no se quedó al margen, y también produjo unas cuantas contribuciones. En *Viaje maravilloso del Sr. Nic-Nac al planeta Marte* (1875), del argentino Eduardo Holmberg, se describe un mundo marciano en donde, por un lado, reina el conocimiento científico y la razón y, por otro, el conservadurismo religioso.

Los autores del libro tratan sobre la influencia que ejerció Flammarion en todos esos intentos de establecer vínculos entre ciencia y religión. El talante conciliador del francés, claramente de raíz sansimoniana y positivista, ayudó a que la modernidad, el secularismo y el libre pensamiento logaran un punto de encaje con la tradición y, en definitiva, con la cultura católica. Su particular enfoque de las cosas facilitó que la enseñanza científica, a la que se miraba como una vía segura hacia el progreso, no entrara en conflicto con la religión oficial y con las viejas certezas. Propuso establecer una religiosidad de carácter laico capaz de superar el integrista católico de la época y los restos de las supersticiones medievales. Las maravillas de los cielos que descubrían los astrónomos tenían el efecto de evidenciar y reforzar discursivamente la magnificencia de la creación. Su mesura, fruto de su predisposición a evitar los extremos, tuvo mucho recorrido en una América hispana que buscaba instituir un modelo mixto capaz de combinar lo liberal con la tradición religiosa, la modernidad con la tradición y el capitalismo con la filantropía.

En su condición de moderado, también buscaba apartarse de los excesos de un materialismo que inquietaba a las élites. Su obra debe ser tenida como un intento más de compatibilizar la religión con la ciencia. De hecho, sus propuestas obtuvieron el *placet* de unas clases altas ansiosas por dar con un bálsamo social que apaciguara los impulsos revolucionarios que estaban especialmente activos hacia el último cuarto del siglo XIX. La armonía natural que ofrecían los cielos bien podía ser tomada como un ejemplo extrapolable a la armonía social. El orden y el rango de los astros, a la vez que era un modelo de sociedad, ayudaba a las clases bajas a aceptar con resignación su posición subalterna en la pirámide social. En definitiva, Flammarion y sus incondicionales manifestaron su confianza en el poder de la astronomía popular como mensajera de paz.

Los autores también destacan el papel de la divulgación del espiritismo y de la teosofía, dos corrientes que alcanzaron mucha popularidad y que contaron con un nutrido público de adeptos, en su mayoría desencantados de las viejas manifestaciones de piedad católica. La aparición de esta corriente también se inscribe en los intentos de compatibilizar ciencia con religión. Entre otras características, se puede decir que fue una síntesis de las religiones de Oriente y Occidente, que profesaron la filantropía y la solidaridad, y que se dedicaron al estudio de fenómenos espirituales y paranormales. Tenían el convencimiento de que el estudio profundo de las fuerzas ocultas del cerebro y de la naturaleza permitirían que una ética social laica y de nuevo cuño sustituyera los viejos y desgastados dogmas. Nuevamente el espíritu conciliador del francés entendió que esta práctica podía ser ese deseado puente tendido entre los ateos y los creyentes. El espiritismo alimentó la entonces audaz idea acerca de que el universo debía albergar vidas distintas a las de la Tierra y que sus habitantes no eran sino fruto del fenómeno de la reencarnación. Uno de los presupuestos que yacían detrás de todo esto era una concepción de la vida como una “inmensa ascensión de los seres hacia Dios”, como una evolución colectiva hacia la perfección moral.

El libro reserva un capítulo dedicado a estudiar la presencia de Flammarion en el Ecuador, tanto en el campo científico como en el literario. Elisa Sevilla y Álvaro Alemán sostienen que sus obras ayudaron a construir y legitimar la autoridad científica en el país. La lectura de *Astronomie populaire* fue un recurso que avivó, en un público determinado, la curiosidad y la capacidad de asombro por las regiones siderales, un campo que hasta había estado completamente fuera de su ámbito de interés. La obra del francés dio impulso a los esfuerzos intelectuales que pretendían encontrar una alternativa que superara las posturas materialistas y la estrechez de una teología integrista. Los autores citan a Juan Bautista Menten, jesuita de la Escuela Politécnica, como uno de que buscó afanosamente desbloquear unas inteligencias que seguían insistiendo en reproducir los viejos esquemas intelectuales de corte barroco. En la tónica de lo dicho en otro punto, intelectuales como Francisco Campos y Alcides Destruge ofrecieron un modelo mensurado de gestión pública. Finalmente, se hace referencia a las derivas literarias que tuvo en el Ecuador la obra de Flammarion. A él se le atribuye la inspiración de *Viaje a Saturno*, obra cumbre de la imaginación y la ciencia ficción ecuatoriana, de Francisco Campos.